

¿Todavía la divinidad de Jesús de Nazaret?

Una respuesta a una cuestión insoslayable

F. Javier Vitoria Cormenzana

Profesor de Teología en la Universidad de Deusto. Bilbao

A José Antonio Pagola con fraterno agradecimiento. La lectura de su libro sobre Jesús de Nazaret invita a pensar que santo Tomás sabía de qué hablaba, cuando define como objeto de la fe «aquello por lo que el hombre se hace feliz».

El tradicionalismo eclesiástico español vive en la imposura. Se siente autorizado para calificar de herejía todo pensamiento católico que se mueva fuera de sus coordenadas doctrinales. El colmo de la patraña es el último caso provocado por la reacción insolente e injustificada de algunos de sus miembros, supuestamente más instruidos en las ciencias sagradas¹. El motivo –o ¿la excusa, quizás?– lo han encontrado en una *aproximación histórica* a la figura de Jesús de Nazaret (cf. J. A. Pagola, 2007), realizada con honda pasión creyente, encomiable rigor científico e incomparable claridad pedagógica. Prejuicios de tipología diversa, y en gran medida vinculados a la deriva gnóstica de cristianismo (cf. J. I. González Faus, 2007, 18-32), enturbian su mirada. Son incapaces vislumbrar en “el Jesús de Pagola” –por usar

¹ Pueden encontrarse en <http://www.diocesisarazona.org>

la expresión descalificadora de alguno de sus críticos– una divinidad sin poder, una filiación sin privilegios, un señorío sin potestad, una gloria sin armiño, un magisterio sin dogmas, un sacerdocio sin culto y una autoridad sin imperativos categóricos. “La herida gnóstica” de su idea de Dios (cf. J. B. Metz, 2007, 152) intercepta inconscientemente el acceso de su precomprensión a la gloria de la carne de la Palabra que ha puesto su morada entre nosotros (cf. Jn 1, 14). Cuando hace casi un año en el Consejo de Dirección de *Iglesia Viva* programamos el presente número y meses más tarde se me asignó este artículo, no podía prever ni por lo más remoto lo que hoy está pasando. Conspicuos profesores españoles de teología confunden el Jesús histórico y el Cristo de la fe; y miembros de la jerarquía de la Iglesia atisban indicios de arrianismo allí donde es metafísicamente imposible que los haya. Lo primero es simplemente una necedad teológica que desacredita a sus autores; lo segundo, sin negar la buena voluntad de sus mentores, un proceder pastoral no conforme a la verdad del Evangelio (cf. Gal 2, 14), que confunde la fe de los sencillos.

Todo este desgraciado asunto refleja una pugna entre antinomias cristológicas que es la base, expresa o no, de gran parte de las polarizaciones (teológicas, misioneras y pastorales) que frenan el dinamismo neumático de la Iglesia. Se hace imprescindible con el fin de no desatender lo fundamental, que es poner a disposición del género humano el poder salvador de Jesús de Nazaret (cf. GS 3), abrir espacios eclesiales de comunicación entre los creyentes y fomentar actitudes leales de diálogo. Antes que nada «sería conveniente reconocernos mutuamente como cristianos. Se es cristiano, si se acepta que la salvación definitiva de Dios se manifiesta en la persona de Jesús y que esta convicción fundamental establece una comunión de gracia, aunque quienes admiten esto pueden mantener posiciones diferentes sobre lo que implica la plenitud de Jesucristo, es decir, sobre el contenido de la fórmula del credo: “Creo en Jesús (de Nazaret), el Cristo, el Hijo Unigénito, nuestro Señor”; lo cual significa de hecho: creo en Jesús en cuanto realidad definitiva de salvación que da sentido a mi vida. Si partimos de que el interlocutor acepta esto, se tratará siempre de un diálogo entre cristianos y, es de esperar, de un diálogo cristiano» (E. Schillebeeckx, 1981, 25). ¡Amen!

En el clima de sospecha instalado en la Iglesia española resulta particularmente incómodo el intento de abordar la inteligibilidad de la fe en la identidad divino-humana de Jesús. Pero, al mismo tiempo, la tarea me parece más necesaria y urgente que nunca. Las dificultades para confesar hoy la divinidad de Jesús son considerables. No solamente las tienen la mayoría de nuestros contemporáneos, sino también muchos de los que nos confesamos cristianos e incluso nos llamamos militantes (J. Lois, 1995, 284-289). En este contexto los peligros de fundamentalismo y fideísmo que acechan a la identidad de la fe cristológica, y no sólo de los miembros más sencillos del Pueblo de Dios, son muy grandes. Pero además se acrecientan de manera exponencial los que atañen a su relevancia. Quienes for-

mamos parte de la Iglesia, y más aún quienes nos escuchan hablar de la fe cristológica desde fuera, podemos terminar por identificarla con un mito, una leyenda urbana, o una pieza más del “mundo del misterio” de Iker Jiménez. Ambas amenazas para la fe y la evangelización se desprenden de la lectura de los textos colgados en la página web citada anteriormente y que circulan libremente por la red.

I. LAS CATEGORÍAS SE NOS HAN VUELTO OPACAS Y ENGAÑOSAS

No debiéramos cerrar en falso los debates sobre las formulaciones de la fe. Una mera profesión de las mismas que, dejándolas intactas, se limita a repetir las mecánicamente no resuelve ninguno de los problemas de la fe cristológica que tenemos planteados hoy en el interior mismo de la Iglesia. ¿Qué significan realmente para la fe los cristianos del siglo XXI las fórmulas de Nicea y Calcedonia con las que la Iglesia expresó autoritativa y normativamente su fe hace más de mil quinientos años? Seamos sinceros. Más bien poca cosa. Desafortunadamente las fórmulas se han vuelto *irrelevantes* y *periféricas* para la fe de los cristianos actuales. Todos los domingos las comunidades eucarísticas católicas profesan el credo niceno-constantinopolitano. Los miembros de la asamblea repiten de carrerilla: «*Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre...*». Pero ¿qué es lo que verdaderamente expresan de su fe en Jesucristo con esta confesión? ¿Saben realmente lo que la fórmula significa? ¿Si piensan lo que proclaman, no sentirán un *vértigo metafísico* que bloqueará su capacidad de dar razón de la fe expresado en ella? ¿Tendrán razón quienes dicen “sotovoce” que mantener las fórmulas dogmáticas “sólo son ganas de complicar las cosas”? ¿Acaso su confesión pública semanal les hace inmunes al arrianismo? ¿Qué noticias tienen de esta herejía, más allá de lo que quizás aprendieron acerca de la conversión de los visigodos? ¿Su más que probable ignorancia sobre el mérito conciliar “de haber querido elevar *al plano del ser* la unidad del Padre y del Hijo, dejada por la tradición en el plano de la *economía*” (J. Moingt I, 1995, 118), denota que ya no son cristianos o que lo son menos que Atanasio, el gran defensor de la ortodoxia nicena? Domingo a domingo se acrecienta mi certeza de que, en el espacio de tiempo que

² Este vértigo metafísico se sintió desde el principio. Como muestra bástenos aquí recordar las dificultades que la recepción de las expresiones niceanas «engendrado de la substancia de Padre» y «consustancial al Padre» encontró en la Iglesia antigua. Fueron tantas y tan graves que a) el vocablo «engendrado de la substancia de Padre» desapareció de la redacción final del Símbolo de Nicea,

Para poder leer todo el artículo y los demás, suscríbese a Iglesia Viva (papel e Internet: 42 € . Internet solo: 30 €) o compre este número (10 €). Para ello, ver ofertas y modo de suscripción en www.iglesiaviva.org
----- O escribir un e-mail a: revista@iglesiaviva.org -----